

por todos los crímenes paganos, había conspirado en los Santos Lugares con los infieles para perder á los cristianos. Ante este odio salvaje, hijo del mas brutal apasionamiento, no había medio alguno de inteligencia; no quedaba camino alguno para llegar á la paz: el papa quería una guerra á muerte y deseaba por lo mismo empujar á Federico hasta el último extremo, para adquirir á los ojos del mundo el derecho de adoptar medidas extremas contra el imperio.

Después de tales preparativos, celebróse el día 17 de julio la tercera y decisiva sesión del concilio; en vano se opuso Tadeo de Suessa á que se prosiguiera el procedimiento antes de que llegaran los nuevos embajadores del emperador, que se encontraban ya en camino; no le quedó mas recurso que apelar ante un papa y un concilio futuros. A última hora tuvo, según parece, Tadeo algun refuerzo: en efecto, el plenipotenciario de Enrique III de Inglaterra se lamentó de la intolerable opresión que pesaba sobre la Iglesia inglesa y pidió que se pusiera término á ella. Estas quejas eran sobrado fundadas, pues desde que Inglaterra, á consecuencia de la humillación de Juan Sintierra, se había convertido en feudo de la Iglesia romana, veíase explotada sin compasión bajo el punto de vista económico y obligada á facilitar á la curia los recursos que esta necesitaba para su lucha contra el emperador. Inocencio IV respondió severamente á los ingleses imponiéndoles silencio hasta tanto que quedara resuelta la cuestión de Federico, y se apresuró á terminar el procedimiento. Leyóse el decreto que secretamente se había convenido entre la sesión segunda y la tercera, y que había sido firmado por 150 prelados, en su mayoría franceses y españoles. Federico II, acusado de perjurio, de profanación de templos, de herejía, de tratos amistosos con los mahometanos y de violación de sus deberes feudales, fué desposeído de su corona y de su reino por haberse hecho indigno de la soberanía y de todos los honores y haberse atraído por sus inauditas culpas la maldición de Dios. Añadiase en el decreto que se hacia esta destitución en virtud del derecho de atar y desatar que tenía el sucesor de San Pedro; sus súbditos quedaron relevados del juramento de fidelidad, y se amenazó con la excomunión á los que le permanecieran adictos. Además, se excitó á los príncipes á que con una nueva elección proveyeran el trono vacante. En cuanto al reino de Sicilia, el papa se reservó el derecho de disponer de él, como feudo vacante, asesorándose para ello del colegio de cardenales. Cuando hubo terminado la lectura de este terrible documento, exclamó Tadeo de Suessa, profundamente conmovido: «Este es un día de cólera, de tristeza y de ruina que ha de alegrar á los enemigos de la cristiandad;» á lo cual contestó Inocencio IV: «He hecho lo que debía, ¡quiera Dios que todo termine á su completa satisfacción!» En seguida, para evitar ulteriores debates, entonó el *Te-Deum*, los padres del concilio contestaron, y para expresar la suerte que debía caber al emperador, inclinaron los cirios que en las manos tenían y los apagaron.

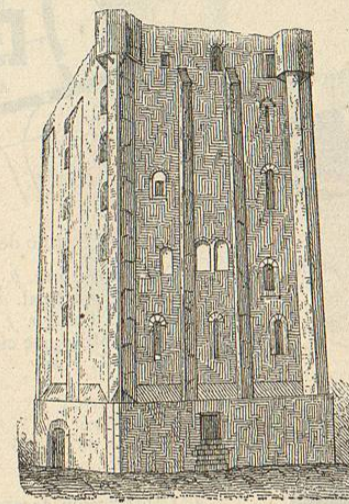
No puede negarse que el emperador Federico II, enfrente de las inmoderadas exigencias de la curia y de la manera inaudita con que esta le hacia la guerra, mostró hasta entonces una moderación y una longanimidad que no estaban conformes con su carácter apasionado é inclinado al ataque y á la violencia. Había comprendido perfectamente lo crítico de su situación: á su mirada de hombre político no se había escapado el hecho de que la corriente de la época estaba con Inocencio IV, como en otro tiempo había estado con Gregorio VII y contra Enrique IV, pues la aversión que las nacionalidades tenían á la dominación imperial universal daba á los ambiciosos esfuerzos del pontificado la apariencia de una lucha por la comun independencia. La poca con-

fianza que inspiraban los príncipes alemanes, en quienes eran innatas la deserción y la traición, la feliz resistencia de las ciudades lombardas y la agitación creciente en Sicilia ponían en grave peligro los fundamentos del poderío de los Staufen, que era preciso salvar y asegurar contra la tempestad que le amenazaba. Así se explican la longanimidad, las tendencias conciliadoras y la sumisión, rayana algunas veces en la debilidad, de Federico. Sin embargo, después de la sentencia dictada por el concilio, se encontraba ante una cuestión de vida ó muerte; para él se trataba ya de ser ó de no ser. Esto lo expresó gráficamente Federico al decir que hasta entonces había sido yunque y que en adelante quería ser martillo. Dejando, pues, á un lado toda consideración, prosiguió la lucha por su existencia y la de su casa con toda la violencia y todo el apasionamiento que caracterizaba á los Staufen. De nuevo pareció sonreírle la fortuna en Italia; pero en cambio, en Alemania las cosas ofrecían un aspecto desfavorable. En esta nación, el infatigable agitador papista, el legado obispo Felipe de Ferrara, conforme á las órdenes que desde Lyon habían recibido los príncipes, logró que se diera vida á una contra-monarquía. El ambicioso y desde hacía mucho tiempo sospechoso landgrave Enrique Raspe de Turingia, se prestó á desempeñar el papel de rey eclesiástico, papel desairado y poco honroso en aquellas circunstancias. Proclamado, en mayo de 1246, por los tres príncipes electores del Rin, careció por completo de autoridad, pues de los grandes príncipes del imperio no hubo uno que se pusiera á su lado. A estos magnates les bastaba ver desmoronarse el poderío amenazador de los Staufen y no necesitaban ni imperio ni emperador. Pero esta contra-monarquía, enfrente de la cual quiso Conrado IV defender sus derechos y los de su familia, fué causa de una guerra civil desastrosa para el país, durante la cual quedaron sepultados el orden, la ley y la prosperidad económica de Alemania. El lamentable estado de cosas que para el pueblo alemán había producido cuarenta años antes la guerra de sucesión entre el rey Felipe y Oton IV, se reprodujo entonces con peores caracteres. La derrota que en el verano de 1246 sufrió en Francfort del Meine Conrado IV, traidoramente abandonado por los suyos, en nada mejoró la situación del contra-rey; la causa de los Staufen, en cambio, pudo abrigar nuevas esperanzas cuando en 12 de febrero de 1247 falleció prematuramente Enrique Raspe, usurpador que ni había ejercido autoridad ni logrado respeto. Con él perdieron los muchos enemigos de los Staufen el centro alrededor del cual se habían reunido todos, á pesar de la diversidad y en muchos puntos antagonismo de sus respectivos intereses. Al contemplar la devastación del país, la decadencia del comercio y de la industria, el injusto estado de continua lucha, y la general desmoralización, que á consecuencia de la guerra civil imperaban en Alemania, muchos abrieron los ojos y se convencieron de que trabajaban en perjuicio propio y en provecho exclusivo de una potencia hostil á Alemania. Los alemanes, en punto á conciencia nacional, estaban muy atrasados en comparación con otros pueblos: en Inglaterra, á consecuencia de las luchas por la Magna Carta, que fortalecían el sentimiento nacional y el del Estado, y en Francia, bajo el gobierno de una fuerte monarquía perfectamente convencida de sus derechos y de su misión en el interior y en el exterior, comenzaba á manifestarse potente el sentimiento de la nacionalidad, se miraba cada vez con mas repugnancia la política pontificia, cuyos fines se veían cada día mas claramente, y se comprendían los peligros que podía ocasionar á la propia existencia política. Ni Enrique III, con quien estaba emparentado Federico II, ni Luis IX podían desear una dominación universal del pontificado: las simpatías de uno y otro

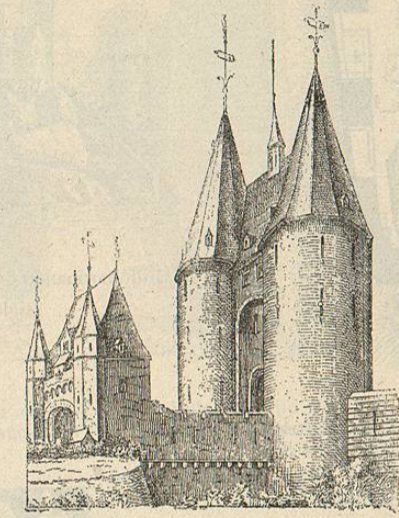
estaban con el emperador, con quien deseaba estar en buenas relaciones el rey de Francia en interés de los planes de cruzada que tenía concebidos. Una victoria decisiva del emperador hubiera podido, fácilmente, en aquellos críticos tiempos, promover un poderoso movimiento anti-papal y producir una evolución salvadora.

De ello parecía estar plenamente convencido Federico II cuando, decidido á obtener á todo trance este triunfo, se presentó con un poderoso ejército delante de Parma, de cuya ciudad se habían apoderado por sorpresa los papistas, para sitiirla en regla y poderla reconquistar. La pérdida de la ciudad parecía inminente: el emperador, convencido del próximo triunfo, dió á su suntuoso campamento el nombre de Victoria. Los sitiados parecían haber perdido toda fuerza de resistencia, cuando en 18 de febrero de 1248 consiguieron, con un ataque rápido, incendiar el campamento y derrotar al ejército imperialista, de suerte que Federico, que du-

rante la catástrofe se encontraba de caza, á duras penas pudo unirse á los suyos, que habían emprendido la fuga. En vez del triunfo esperado, había sufrido una terrible derrota, suceso que fué una verdadera catástrofe para la causa imperialista, no solo por las pérdidas materiales que había sufrido Federico al ver destruido su formidable ejército y perdidas las preciosas máquinas de sitio y las riquezas de su campamento, sino también por el efecto moral que en aquellas circunstancias debía producir en el mundo entero su derrota. No sin cierta apariencia de razón se regocijaron los papistas y sus aliados lombardos del juicio de Dios que había aniquilado al babilonio. La preciosa corona que, á pesar de la sentencia pontificia, había querido conservar Federico, cayó en poder de los entusiasmados vencedores; igual suerte cupo al sello imperial, signo de la potestad del emperador, y al tesoro de este. En aquel combate corrió con abundancia la sangre de los imperialistas: Tadeo de Suessa murió como un



Torreón de Beaugency, á orillas del Loira, en Francia (siglo XI)



Antigua puerta de Colonia, en Aquisgrán (siglo XIII)

héroe y en su cadáver saciaron los vencedores su implacable odio. Trabajo costó al rey Enzo contener á los lombardos, que en victoriosa marcha se dirigían á Cremona, donde se encontraba el emperador con los restos de su derrotado ejército.

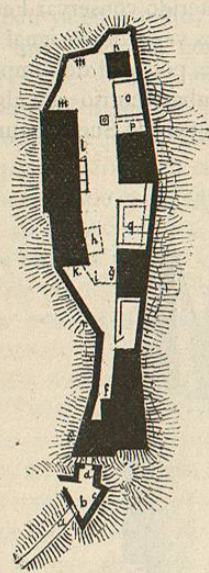
Federico II no pudo reponerse del tremendo golpe que había sufrido delante de los muros de Parma; á pesar de su infatigable y apasionada actividad no consiguió borrar la profunda impresión moral que había producido aquella terrible jornada. Por todas partes se levantaban sus enemigos con nuevo ardor y nueva confianza. En Alemania, había sido elegido contra-rey el conde Guillermo de Holanda, que solo consiguió ejercer autoridad en muy limitados territorios; Austria y Bohemia se sublevaron abiertamente; Alemania comenzaba á sentir los horrores de una guerra civil general, y en vano el joven rey Conrado, cercado por la traición y las deserciones, y hasta amenazado de tentativas de asesinato, luchó por conservar una situación que se había hecho ya insostenible. Sin embargo, el golpe decisivo debía darse en Italia. La energía, al parecer indómita, de Federico, comenzaba á ceder ante los rudos golpes que la suerte le había asestado en los últimos tiempos: no se consideraba seguro en ninguna parte y creía que sus enemigos tenían sobornados aun á los que mas de cerca le rodeaban. No sabemos hasta qué punto podía ser justificada esta sospecha, pero ¿era de extrañar que los consejeros y los servidores del emperador, convencidos de lo inevitable de la catástrofe, se sintieran des-

corazonados y pensarán en salvarse abandonando la causa imperialista? ¿Quién puede decir si Pedro de Vineia pensó realmente así é intentó proceder de esta suerte? Federico creyó que hasta este leal servidor estaba en inteligencia con sus enemigos: declinó que, sobornado por el papa, había intentado envenenar al emperador con una medicina que le dió en ocasión de estar enfermo; preso, encarcelado, amenazado por el furioso pueblo con horrible muerte y luego procesado, se suicidó desesperado en Pisa partiéndose el cráneo contra la pared de su cárcel. Cabe, sin embargo, suponer que fué vilmente calumniado y víctima de la desconfianza cada día mayor y de los sentimientos cada día mas tiránicos de Federico II. Poco después el emperador sufrió un golpe mas rudo todavía: su noble hijo Enzo, que con heroísmo juvenil combatía por la causa, poco menos que perdida, de su padre, cayó en poder de los boloñeses en la batalla de Fossalta, librada en 26 de mayo de 1249. En vano ofreció Federico por su rescate cuantiosas sumas y toda clase de honores y privilegios; en vano amenazó con tomar terribles represalias: los boloñeses se negaron en absoluto á poner en libertad á su noble prisionero y Federico vió á su hijo predilecto condenado á prisión perpetua en poder de sus mortales enemigos.

Mucho tiempo tardó Federico en reponerse de este rudo golpe y en colocarse en condiciones de proseguir la lucha. De nuevo, sin embargo, le sonrió la fortuna: las victorias conseguidas por los fieles cremoneses sobre las tropas de

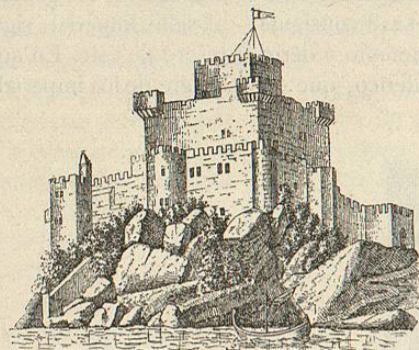
Bolonia y Ferrara, atrajeron de nuevo la suerte á la causa imperialista en la Alta Italia. Bajo la impresion de estos triunfos renació la energía del emperador, el cual se dedicó con mayor ardor á hacer los preparativos necesarios, aun á riesgo de aniquilar á su esquilmo reino hereditario bajo el peso de tanta carga, y concibió nuevos proyectos con que exterminar á sus adversarios vencedores. Pero en estas circunstancias le sorprendió la muerte, despues de una corta enfermedad. En Fiorentino, lugar cercano á la ciudad saracena de Luceria, sintióse atacado, á principios de diciembre de 1250, de una disentería; cuando comprendió que se acer-

caba su última hora, hízose vestir con el hábito de los cistercienses, fué confesado y absuelto por el arzobispo Beraldo de Palermo, que siempre le habia sido fiel, y falleció el día 19 de diciembre de 1250 (1) en los brazos de su adorado hijo el jóven Manfredo, que era su predilecto desde que habia perdido á Enzo. Federico fué enterrado en la capilla de la antigua catedral normanda de Palermo, al lado de su padre y de su madre y cerca de su primera esposa. En un magnífico sarcófago de pórfido, sostenido por cuatro leones, fué depositado su cuerpo, cubierto de vestiduras orientales con inscripciones árabes bordadas; con él fueron enterradas su espada,

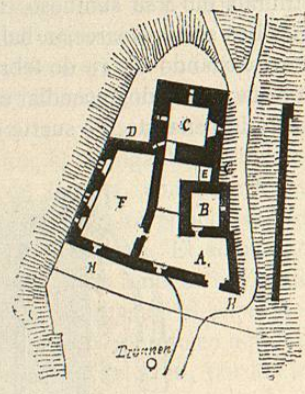


Planta del castillo de Wurtzburgo, en Alemania (construido entre los años 1067 á 1075)

a. Carretera. b. Puerta exterior. c. Muro de una obra exterior construido en época mas reciente. d. Puente levadizo. e. Torre de la puerta. f. Habitación de los caballeros. g. Habitaciones con estufa. h. Torre principal. i. Separación de la parte interior del castillo de la exterior. k. Habitación con estufa de la esposa del castellano. l. Habitación de este último. m. Edificio accesorio. n. Torre meridional. o. Cervecería. p. Arsenal. q. Jardin. r. Muro de recinto.

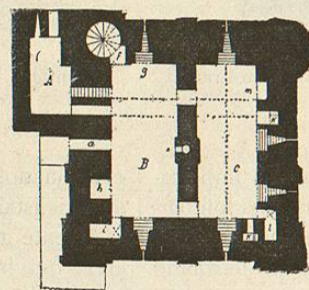


Castillo normando de la Faconara, en Sicilia (siglo XIII)



Planta del castillo de Hapsburgo.

a. Casa de la torre. b. Torre grande. c. Torre principal. d. Muro de recinto. e. Postigo. f. Casa habitación. g. Muro que cierra el antiguo postigo. h. Foso.



Planta de la torre de Rochester, en Inglaterra (siglo XII).

Tipos de fortificaciones en los siglos XI, XII y XIII

el globo imperial y la corona, de que le habian desposeido pero que no habian podido arrebatarle sus implacables enemigos.

La muerte de Federico decidió la lucha entre el imperio y el pontificado: justificado fué, pues, el júbilo que reinó en Lyon, donde se hicieron los aprestos necesarios para extirpar á la familia Staufen y aniquilar á su partido, completando con ello el triunfo de la Iglesia. No en todas partes, sin embargo, se pensó así; la piadosa comunidad que se habia formado en tiempo del emperador Enrique VI, para practicar la doctrina del abad Joaquin de Fiore, natural de Calabria, que tenia, segun fama, el don de profecía, continuó observando con recelo creciente la marcha cada vez mas mundana de la Iglesia y esperó con fe el cumplimiento de las misteriosas profecías de su venerado maestro, segun las cuales estaban cerca el reino milenario y la llegada del Antecristo que habia de destruir la Iglesia, degenerada é infiel á su verdadera mision, á fin de ceder el puesto á la Iglesia perfecta y verdadera. Estas ideas contaban con numerosos

partidarios, especialmente en la órden minorita, en la cual se habia arraigado la creencia de que Federico II se proponia aniquilar la Iglesia, confirmando en cierta manera esta creencia los desahogos apasionados de los papas y sus defensores, que habian calificado al emperador de babilonio, de Antecristo y de nuevo Neron; mas habiendo muerto Federico sin completar su obra, nació entre los minoritas, adeptos fieles de las doctrinas del abad Joaquin, la creencia de que el emperador no habia muerto, sino que estaba solamente oculto para volver mas tarde á concluir la destruccion de la Iglesia. Tal fué el origen de la leyenda, tan popular en Alemania, que en el transcurso del tiempo confundió las personas y las cosas, suplantando al emperador Federico II con Federico I Barbaroja, que al cabo de mil años habia de reaparecer para devolver al imperio aleman todo su perdido esplendor.

(1) Véase Schirrmacher: *Los últimos Hohenstaufen*, pág. 393.

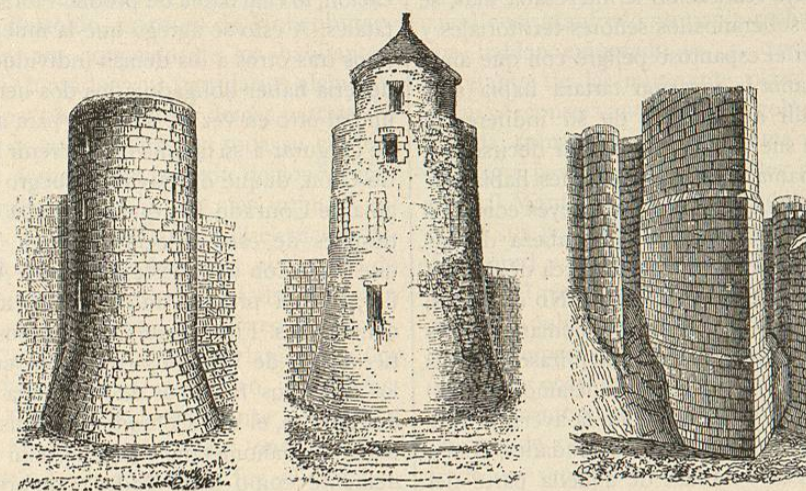
CAPITULO IV

DESCOMPOSICION DEL IMPERIO Y EXTINCION DE LOS STAUFEN

(1250-1268)

Los gritos de triunfo que resonaron en Lyon y en el campo papal á la noticia de la muerte de Federico II, fueron elocuente testimonio del temor que habia inspirado á tantos enemigos poderosos y temibles aquel hombre excomulgado y anatematizado, pero que con su inteligencia y energía podia, hasta en el momento postrero, suscitar un cambio súbito de fortuna á su favor. Despues de su muerte podia respirar ya la corte pontificia, que no tenia nada que temer de él ni

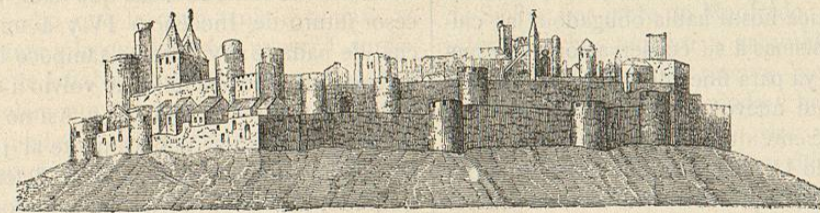
tampoco de Francia é Inglaterra, naciones que en vida de Federico II podrian haber acudido, movidas por su orgullo nacional, en auxilio del imperio neo-romano. A pesar de toda esta tranquilidad, no se dió la curia romana punto de reposo en sus ambiciosos planes de dominio universal y en su tenaz afan de cumplir al pié de la letra el programa de odio y de persecucion de los Staufen proclamado en Lyon; la conducta de la curia romana se adaptó fiel y decididamente á estas terribles palabras de Inocencio IV: «Que se extermine hasta el nombre de ese babilonio y lo que de él queda, sus descendientes y toda su generacion.» Entre la Iglesia y los Staufen no podia haber paz ni tregua. Tan penetrado estuvo Federico del principio trascendental que se



Torre de la muralla de recinto de Provins, en Francia (siglo XII)

Torre del castillo de Fougères, en Francia (siglo XII)

Torre del castillo de Loches, en Francia (siglo XII)



Ciudad alta de Carcasona, construida á fines del siglo XI, con doble muralla de 1,500 metros de perímetro y 50 torreones

Tipos de fortificaciones en los siglos XI y XII

habia disputado en los tres lustros de lucha, tan abundante en peripecias, y tan persuadido al propio tiempo de la magnitud de la catástrofe que la victoria de la Iglesia habia de causar, no solamente á su familia y á su imperio sino tambien á la institucion monárquica en general, que hasta en sus postrimerías procuró poner á salvo sus privilegios y derechos, trazando á sus sucesores las sendas que habian de seguir para continuar defendiéndolos. Su padre, el emperador Enrique VI, quiso en su lecho de muerte asegurarse los buenos auspicios de la Iglesia para que al menos tolerara los caracteres fundamentales del plan político de los Staufen, mostrándose en demasía condescendiente con ella; pero su hijo Federico II no pensó siquiera en hacer las concesiones mas leves, porque conociendo por experiencia el espíritu y los fines de la política romana, no podia alimentar la menor esperanza de que se llegara á un acuerdo entre el imperio de los Staufen, con todas sus pretensiones y derechos, y la Iglesia. El contraste era demasiado grande para admitir avenencias; solo con la desaparicion de una de las partes

podia cesar; no habia otra solucion posible: ó todo ó nada, la victoria completa de uno de los dos contendientes y la ruina total del otro. Con esta conviccion dispuso Federico, en su testamento, al ver su muerte inevitable y cercana, que la Alemania y la Italia habian de continuar siempre reunidas bajo un mismo cetro, y nombró sucesor suyo en ambos países al rey Conrado IV, y para sucesor de este, caso de morir sin herederos directos, á su hijo Enrique, nacido de su matrimonio con Isabel de Inglaterra, y si este tambien moria sin dejar hijos, habia de sucederle Manfredo. Este último recibió en propiedad el importante principado de Tarento, y además dispuso Federico, en su testamento, que habia de gobernar Manfredo toda la Italia en calidad de lugarteniente de Conrado IV, con todas las prerogativas reales, mientras este permaneciera en Alemania. A Enrique dejó el reino de Jerusalem, ó bien la Borgoña, atendida la poca esperanza de conservar aquel, y á Federico, hijo del rey Enrique VII, el Austria y la Estiria, como hijo de Margarita de Babenberga.